viosos brazos del campirano. No declamemos en abstracto; raciocinemos en concreto; pongase todo bajo los ojos, y entonces se decidirá si en cuanto al cuerpo no estamos mucho mejor en la sociedad civil, que lo que estuvieramos en el estado de pura naturaleza. El Rouseau convence su sistema con la elocuencia; pero nosotros persuadimos el nuestro con la verdad.

CAPITULO IX.

CONTINUA LA MATERIA DEL ANTECEDENTE.

Tercera confrontacion.

Ya recordará el lector que en este capítulo debemos confrontar el un estado con el otro por lo respectivo à la *sanidad de la mente*, que es la segunda condicion para ser feliz, segun la pregunta y contestacion del filósofo que dijimos al principio.

Es cosa cierta que en el estado de pura naturaleza, el hombre seria muy pobre de conocimientos: de lo que se sigue, que no pudiendo desearse lo que no se conoce, entonces tendria menos apetitos. De aqui podrà arguirse, que siendo los apetitos otras tantas especies de servidumbres para el espìritu, cuantos son los objetos de quienes son hijos, el ànimo en el estado de pura naturaleza seria mucho mas libre, y por consiguiente mucho mas feliz que en la sociedad civil, en la que el aumento de los conocimientos, aumenta el nùmero de los apetitos.

Este es un argumento muy superficial, muy vago é indeterminado: haremos pues poner en claro la verdad para que el lector reflexivo conozca la insubsistencia de aquella objecion, y haciendo el anàlisis de ella se decida por el estremo que mas le convenza. Primeramente, el que la pluralidad de los apetitos importe servidumbre *siempre* y *en todo caso*, es una proposicion evidentemente falsa, porque entonces se seguiria que aquel hombre que tuviese un solo apetito seria el mas libre; lo que es ciertamente contrario á la verdad, pues antes la libertad de este seria la mínima de

las posibles. Si ponemos atencion à la idea de la libertad, la hallaremos mas bien en la copia, que en la escasez de los medios: aquel serà mas libre que pueda hacer mas cosas; y al contrario, será menos libre el que en su arbitrio tenga menos que hacer. ¿Podria llamarse mas rico aquel que habitase una casa vacia de todo, ú otro el cual la tuviese adornada con preciosos muebles? Los muebles, los instrumentos, los medios del espíritu, son los conocimientos y los apetitos que producen aquellos; de donde cuanto mas crezca la esfera de los conocimientos, tanto serà mayor la copia de medios para el espíritu, que es lo mismo que decir, que tanto mas crece su libertad. Siendo esta una clarísima verdad, será una temeridad el querer condenar tan en general la riqueza de la sociedad civil, que por sí misma, generalmente hablando, es antes mejor un bien que no se puede cambiar en mal, sino por ciertas circunstancias; lo mismo que la pobreza del estado de pura naturaleza es, generalmente hablando, un mal que no se puede cambiar en bien, sino por otras circunstancias que se le agreguen.

Para no engañarnos con la falacia, es necesario considerar los apetitos con el poder de satisfacerlos, y asi aquellos que està en nuestra facultad poderlos cumplir, seràn una fuente de libertad y de gozo; pero aquellos en quienes nos falte este poder, engendrarán seguramente servidumbre y afliccion en nuestro espìritu. De suerte, que consistiendo la libertad en poder hacer lo que se quiere, cuantas mas cosas queramos y podamos hacer, tanto mas libres seremos; y al contrario, tanta mayor será nuestra servidumbre, cuantas mas cosas queramos y no podamos hacer.

Resta ahora que examinar cuál de las tres hipòtesis que naturalmente resultan de los principios asentados, le seria al hombre mas ventajosa. La *primera* de ellas es, que fuese rico de conocimientos y de apetitos, y al mismo tiempo de medios para satisfacerlos. La *segunda*, que se mantuviese rico de conocimientos y de apetitos, pero pobre de medios para cumplirlos. Y la *tercera* que no pudiendo suministrarsele abundan-

cia de medios, se encerrase à una proporcionada, pero angosta esfera de conocimientos y de apetitos.

Que la primera situacion seria mas ventajosa es tan manifiesto, que no necesita de prueba; pero ella es una gran desventura para el hombre, porque en ningun estado imaginable podemos realizarla, resta la duda entre las otras dos.

Mas semejante indecision pronto se debe resolver ò decidir á favor de la tercera. El carecer de un bien que no se conoce ni apetece, no es ciertamente ninguna pena, pues la privacion de aquello que conocemos y deseamos es la que produce, cuando no la podemos conseguir, nuestra amargura. En aquella condicion del hipòtesis, ni se gozaria ni se padeceria; y en la segunda se sentirian tantos disgustos, cuantos apetitos no pudieran cumplirse.

Asentados estos términos, parece no poderse dudar que el hombre encontraria mejor su interes en el estado de pura naturaleza que en el de la sociedad civil, atendiendo à que en el uno poco conoceria, poco desearia, y poco por consecuencia se afligiria; cuando en el otro se conoce mucho, mucho se desea, y de consiguiente mucho se pena. Pero desenvolvamos mas menudamente esta interesante materia.

En la sociedad civil es fuerza que se vayan siempre adquiriendo nuevos conocimientos. Ved como. Los entendimientos humanos est n por su índole en un movimiento continuo: en sintiendo el estímulo esterno de la emulacion, crecen sus esfuerzos, y sirviendo los unos de luz à los otros, es necesario que al descubirlos se vaya siempre avanzando. El que quisiera solo numerar los gèneros de bienes inventados por la industria humana en la sociedad civil, llenaria gruesos volúmenes con solo su nomenclatura, pues todas estas invenciones tienen por objeto y por fin la comodidad, el placer, y estàn manifiestas siempre á los ojos de todos. Conocidos los objetos como buenos, engendran inmediatamente otros tantos apetitos sin el concurso de otra causa. Mas la sociedad civil no suministra sino es à pocos los medios de adquirir todos los bienes que se desean: ni puede ser de otra suerte; por

que los que produce la industria, cuestan regularmente mucha fatiga, y ciertisimamente cuando no se tiene necesidad de fatigarse, nadie se fatiga. ¿Quién de los labradores del campo querria sufrir tantos trabajos en la despoblada campiña? ¿qué artesano querria sudar todo el dia, y tal vez toda la noche, si no tuviese necesidad de buscar el pan con las obras de sus manos? Supuesto esto, si la sociedad civil les diese à todos los mismos medios para gozar de los bienes, ninguno querria fatigarse, ni menos podria conseguir no solo los que entendemos por de *lujo*, sino los de primera necesidad; de suerte que quien quisiese comer se veria obligado à trabajar por sí mismo la tierra, y por sí mismo à hacer todo lo demas. Con esto no podria haber subordinacion ni verdadera union entre los ciudadanos, porque los unos no serian ayudados por los otros; y sin subordinacion y sin union no puede haber sociedad civil.

De aqui se deduce con claridad que la sociedad civil exige esencialmente una *desigualdad de propiedad*; y lo que es mas, exige tambien que muchos *nada* posean y que no tengan otro derecho de propiedad, mas que el mezquino fruto de su *industria personal*. Por esta razon seria vano el quejarse de las leyes civiles, las cuales aunque quisieran introducir y arreglar la igualdad de los fondos, obstaria para ello la intrínseca índole de la sociedad civil, y tambien la misma naturaleza del hombre; pues como dejamos anteriormente demostrado, tampoco podria subsistir semejante igualdad en el estado de pura naturaleza. Las leyes civiles bien podrian evitar las grandes posesiones y dividir mas menudamente los terrenos, de suerte que se aumentase el número de propietarios, y esto seria ventajosísimo; pero jamas podrán conseguir el que todos sean *poseedores*, sin destruir el derecho de la *libertad*.

Ya que por tanto en la sociedad civil una buena parte de los ciudadanos, no puede tener casi otros medios que los necesarios para proveer á sola su subsistencia; otra parte tambien muy considerable respecto de los innumerables bienes que presenta la industria,

es necesario que viva en estado de *privacion*, que es lo mismo que decir, mártir de sus deseos.

Me figuro que cualesquiera que haya leido con reflexion lo que hemos dicho hasta aqui, dirigirá su pensamiento y su compasion sobre los hombres labradores del campo, sobre los artesanos, sobre aquellos, en una palabra, que llamamos gente del pueblo. Pero al mismo tiempo no dejarà de conocer que no debe restringir su reflexion tan angostamente, y que en aquel número debe igualmente comprenderse à si mismo, sea cual fuere el puesto que le haya tocado en el teatro de este mundo, solo con reflexionar que todos los individuos constituidos en sociedad, quièn por un camino y quien por otro, deben todos sin escepcion alguna vivir en estado mas de *privacion* que de *posesion* Veamos la causa. Hay una clase de bienes que son de *pura opinion*, para los cuales las pasiones humanas son muy sensibles, y que no se adquieren por via de *compra:* tales son los honores y el mando que lisonjean poderosamente la soberbia, especialmente en aquellos à quienes no les faltan bienes de otra naturaleza. Para esta clase de bienes de *opinion*, los que los apetecen y concurren à solicitarlos son muchísimos, y los bienes que desean son pocos, de suerte que no pueden contentar à todos, y asi pocos son los privilegiados con ellos. He dicho en algunos especialmente aunque la ambicion hija de la soberbia, es una pasion comun, la cual en el comun de los hombres, si no puede tener por objeto el mando y los honores públicos, pone la mira en todas las exenciones y superioridades, y en todas las distinciones que permite la condicion privada. Y como cada uno se cree siempre mas digno que los otros, el comercio continuo de los hombres en la sociedad civil, es de soberbia con soberbia, y de ambicion con ambicion. ¿Y quien podrà reducir à càlculo las privaciones que semejante conflicto engendra en toda la carrera de la vida? ¿Y qué diremos de la vehemente y loca pasion del *amor*, que se apacenta con un *bello ideal*, y tiraniza y de pedaza el corazon tan miserablemente? Confronte cualesquiera de los esclavos de esta pasion todos

sus gozos, con todas sus privaciones, y vea y díganos si acaso puede encontrar entre ellos una razon de proporcion que sea siquiera tolerable.

Fuera de esto, en la sociedad civil todos los apetitos se subtilizan y se afinan de manera, que llegan à un signo que nada mas les contenta. Observemos la diferencia que hay entre la manera de ver que se ha formado un pintor, y entre la manera de oir de un músico, con la que tiene un pastor: este cuando fija los ojos en el semblante de otro hombre ò de alguna muger, no puede ver con certeza todo lo que hay en él, porque su impericia é ignorancia hace que no sepa buscarlo; ve groseramente, ve en masa, en confuso; cuando el ojo del pintor, ejercitado por el arte, descubre allí un mundo de accidentes: él va examinando las formas y confrontando las proporciones; va observando la multiplicidad y la graduacion de los tintes, el efecto de la luz, el caracter y las partes que esplican los afectos, y con qué movimiento lo significan, y otras mil diferencias que no se manifiestan ni puede conocer un ojo inesperto. Lo mismo se debe decir del oido del músico cuando oye cantar: èl va acompañando con el pensamiento la voz, y midiendo con exactitud todos los intervalos por donde ella pasa: decide precisamente cuando la entonacion no es perfecta, y cuando crece ó mengua: entiende cuando de un tono pasa à otro, y adivina cuantos accidentes encuentra en el camino: forma juicio sobre la semejanza de los motivos, sobre la imitacion, sobre lo neto de las ideas, sobre la precision del periodo musical: comprende el resalto que toman los acentos naturales de la palabra espresada por el canto, y otras mil cosas, que son nada inteligibles para un oido que no tiene instruccion ni principios en el canto Este tal ojo y tal oido es preciso que padezcan muchísimo, siempre que no encuentren lo perfecto, que es muy rara vez, y à costosísimas espensas.

Esto mismo sucede à todos los otros apetitos. La sociedad civil es una escuela, que con el vivo ejercicio los va pulendo, perfeccionando, atenuando y dilatando. Ella acostumbra la atencion à dirigirse siem-

pre à lo bueno y mejor de los objetos, á distinguir en ellos los grados, y examinar sus diferencias; de cuya manera el gusto se va insensiblemente perfeccionando, y conocido que es lo mejor y òptimo, todo lo mediocre le fastidia. Yo no podrè hacer una larga induccion de las innumerables delicadezas de que vivimos habitualmente esclavos: el lector conocerá bien que verdaderamente somos unos esclavos rodeados de toda suerte de cadenas, que nuestra vida es un continuo ejercicio de privacion en privacion, llena de amarguras, sembrada de espinas, y ocupados siempre de una tétrica melancolia, de la cual nace el enfado que nos hace lentamente entristecer, la taciturnidad y fijacion del pensamiento, que lastima los nervios; y de ella tambien proceden los tristes suspiros, con los cuales nos hacemos pesados y fastidiosos à los otros, y aun à nosotros mismos; de aqui tenemos un ànimo siempre irritado y siempre irritante, con otra infinidad de males tanto fisicos como morales, que aventajan con mucha diferencia la suma de bienes que cada uno recibe de la sociedad civil. Observaciones aflictivas, pero verdaderas; de suerte, que bien podemos asegurar, que dos tercios del género humano mueren sin envejecer, envenenados por las privaciones que sufren.

En el estado de pura naturaleza serian muy limitados los conocimientos del hombre, y consiguientemente serian tambien muy limitados sus deseos. Fuera de los objetos de absoluta necesidad que en cada individuo se reducen à su *propia subsistencia*, y en algunos á la *reproduccion de su especie*, ¿à què otras necesidades podriamos estar sujetos? Si el hombre viviese solitario consigo mismo, el odio, la compasion, la envidia, la rivalidad, la soberbia y la ambicion, serian en èl unas semillas perpetuamente *inertes:* estas no pueden desenvolverse sino en virtud de una confrontacion que se haga entre si y sus semejantes con quienes se vive; y asi aquellas pasiones en la persona de un solitario, estarian siempre encerradas en el germen, y serian como si no fuesen: el coexistir con otros hombres, las desarrolla y las pone en accion. De aqui es, que si en el estado de pura naturaleza el hombre buscase otra com-

pañia, no viviria ciertamente tampoco eximido de ellas; pero tambien es cierto que tales pasiones en este caso serian toscas, materiales y limitadas, como los conocimientos, por cuya razon, de pocas privaciones podrian ser causa.

Luego poniendo en una justa balanza el uno y el otro estado, la preponderancia parece que estaria en favor del estado de pura naturaleza, y mis lectores volveran á disgustarse de la sociedad civil, persuadièndose que la *sanidad de la mente* se hallaria mejor en aquel, que no en esta. No obstante, suspendamos todavia el juicio, y antes de decidirnos, examinemos las cuatro siguientes reflexiones.

La primera es que en el estado de pura naturaleza las pasiones concentrando toda su fuerza en los bienes de primera necesidad, serian irritabilisimas y ferocisimas, por lo mismo que se restringian á una esfera tan angosta, semejantes á la materia ignea, que cuanto està mas comprimida, tanto mayor impetu adquiere; y tambien porque à aquella especie de privaciones que amenazan la existencia no se puede resistir. Mas en la sociedad civil rarísimas veces se trata de lo puro necesario, y la fuerza de las pasiones se estiende y se debilita por la grande variedad y multiplicidad de los objetos.

La segunda es, que en la sociedad civil las pasiones á fuerza de ser continuamente resistidas y quebrantadas, pierden la punta, y afligen poco; pero en el estado de pura naturaleza no serian ejercitadas en la grande escuela de la *paciencia* Confrontemos una bestia indómita con otra acostumbrada por el largo uso à llevar la carga, y entonces decidiremos cuál de las dos deberá sentir mas el peso y la privacion.

La tercera es, que en la sociedad civil, ó no se sufren tantas privaciones como se ven en *abstracto*, ó à lo menos se hacen mucho menos amargas prácticamente de aquello que se cree. Es constante è indubitable que los apetitos, asi para nacer como en el crecer, son siempre precedidos de la esperanza ó sea de la probabilidad, ó á lo menos de la posibilidad moral de adquirir lo que se desea. Cuando se nos presenta de-

004372

lante un objeto, y lo juzgamos bueno para nosotros, el pensamiento vuela luego á examinar è indagar si puede tener esperanza de conseguirlo: cuando se descubre algun inconveniente insuperable, aquel bien se ve ya con frialdad, como si no nos interesase, por cuya razon la privacion de èl ó no nos aflige, ó cuando mas causa alguna ligera sensacion de disgusto.

¡Y cuàntos artificios no emplea el amor propio para no afligirse! Exagera la dificultad, estenùa la probabilidad, critica el objeto, y entretiene la vista aplicàndola y convirtiendola à otros bienes que goza ò que puede facilmente adquirir, y de este modo encuentra con que consolarse y no sentir el peso de la privacion. Agradezcamos y respetemos este tan escelente remedio que nos ha dado la naturaleza. El amor propio aunque nos engaña para dañarnos algunas veces, cuando el engaño no cae sobre el *deber* y la *obligacion*, debemos respetar al engaño.

En la sociedad civil (permítaseme el que lo repita) no son tantas las privaciones cuantas se dicen, como lo demostraremos por otro camino para mayor convencimiento. ¿No es verdad que lo que no se conoce no se desea? Pues este axioma en la sociedad civil se reduce de *facto* mucho mas claramente que lo que puede creerse. No se puede negar que en ella es prodigiosa la multitud de bienes que en sí encierra, y que llevan tras de sí continuamente nuestro apetito: ¿y quièn podrà dudarlo? Pero tambien es cierto que no todos estos bienes son conocidos por todas las personas. Apelemos si no à la esperiencia. En una gran ciudad, ¿cuántos son los que estàn en grado de conocer los deleites de la mùsica, de la poesia, de la pintura etc.? ¿Cuàntos son los que son capaces de formarse ideas distintas y exactas de todas las ciencias? Los ciudadanos estàn distribuidos en diversas clases, à semejanza de los mismos bienes, tal que una clase de personas no es capaz de conocer con alguna claridad mas que una clase de bienes, y de todas las otras acaso no tiene mas que una idea superficial. Son muy raros aquellos genios, aquellas almas privilegiadas de la naturaleza que están dotadas de una vasta capacidad y de

igual penetracion. La mayor parte de los ingenios no solamente está limitada à un solo género de cosas, sino tambien aun en los grados de perfeccion que ellos tienen no puede haber una perfecta igualdad. Agrèguese á esto el que la disposicion natural es necesario que sea cultivada con un largo ejercicio; asi solo se forma el hàbito de la atencion para saber observar y encontrar, y asi se llega á hacer el individuo dueño y poseedor de algun bien. ¿Y còmo les seria posible à las personas del vulgo, siempre ocupadas en buscar lo que les es precisamente necesario, dedicarse à cursar y tomar el gusto à tantas escuelas y à tantos objetos tan diversos?

Desmembrada de este modo la multiplicidad y la estension de los conocimientos de los bienes que contiene en sí la sociedad civil, ¿quién al punto no comprenderà que con la misma proporcion deben disminuirse la multiplicidad y la estension de los apetitos y de las privaciones? De suerte que en ella aquel que cultiva un gènero de bienes, desprecia al que cultiva otros: el voluptuoso no puede comprender cómo pueda encontrarse placer en la ambicion; y el ambicioso por el contrario, no mira la voluptuosidad sino para detestarla: la dama cortesana se rie de la simplicidad y sencillez de la labradora; y esta se rie tambie del mismo y del estudio de aquella para todos sus movimientos: aquellos que se deleitan con la ciencia de los frontispicios y con los títulos solos de los libros, se burlan de los que se dedican con exactitud al conocimiento de las ciencias; pero estos tambien ven á aquellos con una soberbia compasion. Semejante mutuo desprecio es comun en todos los hombres, y cuando no es efecto de la ignorancia, es un remedio inventado por el amor propio contra todos los males que provienen de privacion como dejamos asentado.

La sociedad civil, ciertamente no contiene tantas privaciones como se nos exagera. Deberian estas encontrarse en grandísimo número en la plebe, condenada en el òrden social á no tener propiedad, à limitarse à lo muy necesario, y á buscarlo con el

sudor de su frente: ¿y nò es constante que el brio, la alegria, la risa, el gozo y el contento se hallan mejor en esta clase de gente? No hay duda, esta es una verdad notoria: la plebe goza mucho porque poco desea y poco conoce; la misma fatiga de sus trabajos la tiene en una infeliz ignorancia, y no hace caso de los otros bienes facticios, si no es por una ù otra casualidad.

La ùltima consideracion es que la misma razon desenvuelta y perfeccionada en la sociedad civil, que hace nacer tantos apetitos, enseña tambien á moderarlos para no sentir sus privaciones En donde està el veneno, està el antídoto, y el que no hace uso de este, debe quejarse de sí mismo, no de la sociedad civil: muchísimos, es verdad, en la sociedad civil, mueren víctimas de la privacion; ¿pero por ventura es esta una secuela necesaria del òrden social? ¿Por què no se aprovechan de los auxilios que ella les ministra para ser sabios y contenerse? Y en el estado de pura naturaleza segun los principios que dejamos asentados ¿cuàntos moririan de hambre? ¿cuàntos à manos de las fieras? ¿cuàntos asesinados por sus semejantes? ¿y cuántos finalmente perecerian por no poderse curar de sus enfermedades naturales?

Hemos concluido la confrontacion de ambos estados. En la primera encontramos ciertas comodidades y ciertas incomodidades comunes à la sociedad civil y al estado de pura naturaleza. En la segunda confrontacion, hemos visto que el hombre esta infinitamente mejor *cuanto al cuerpo* en la sociedad civil, que lo que estaria en el estado de pura naturaleza. Y en la tercera finalmente, nos convencemos, de que tambien por lo respectivo al *espíritu* toda la ventaja està por parte de la sociedad civil. ¿Què ilacion se debe deducir de esto? Seguramente la de amar y apreciar esta sociedad, no obstante los males que en ella son inevitables. ¿Y por què? Por la gran razon de que en el estado de pura naturaleza, aun en el caso de que pudiera subsistir, serian los males infinitamente mas funestos. Desengañèmonos,

En la tierra no puede haber un estado de *puro bien* ni de *perfecta felicidad*; pero en cuanto permite la condicion de nuestra naturaleza y del lugar en que estamos, tenemos un cierto derecho para ser felices, y solo lo podremos ser en la *sociedad civil* y no en ninguno de los otros estados. Continuemos la discusion, y atendamos al capítulo siguiente.

CAPITULO X.

EL HOMBRE ESTA DESTINADO POR SU NATURALEZA PARA LA SOCIEDAD CIVIL.

La verdad que anuncia el rubro de este capìtulo, es una consecuencia legitima de las que hemos establecido en los tres capítulos precedentes, y como tal no habia necesidad de probarle; pero en gracia de aquellos que no saben ir para adelante sin el apoyo de una luz clara, voy à proponer las ideas de ella para hacerla resaltar con mayor brillo.

Por tres capítulos puede argüirse del destino de nuestra naturaleza à la sociedad civil: *primero*, ver que ella siempre quiere un estado de *consistencia: segunda*, que ella siempre desea *perfeccionarse:* y *tercero*, por ciertas facultades que ella ha dado à cada uno de los hombres.

En orden à lo primero, recordemos que el hombre quiere esencialmente su felicidad, y que no puede ser feliz si no goza con seguridad del ejercicio de los derechos que la misma naturaleza le ha dado como medios para su felicidad. Esta seguridad, pues, es aquella que forma el estado de consistencia, esto es, aquel estado en que el hombre fija el pie, establece en él su permanencia, y lo considera como centro de su reposo. De suerte que siendo cierto que el hombre busca naturalmente en donde poner con seguridad sus derechos, es igualmente cierto que aspira a un estado de consistencia. ¿Y en dónde podra encontrar este estado? No en el de pura naturaleza, en el cual hemos visto que nada seria seguro sino todo incierto y espuesto à una infinidad de peligros, por cuya razon el

mismo amor de su felicidad, lo guia à la sociedad civil, en la que encuentra una seguridad, si no absoluta, à lo menos tal cual puede tenerse entre los hombres, pues su razon no descubre otro estado que sea mas consistente que este.

Consultemos despues al principio de *perfectibilidad*, de que en otra parte hemos discurrido, y veremos que el punto á que mira es el de la sociedad civil. Este principio se manifiesta en todos los séres; pero mas particularmente en los dotados de inteligencia. Se observa constantemente en todos los hombres, que el entendimiento no hace otra cosa que pasar de verdad en verdad, y buscar ansiosamente nuevos y mas vastos conocimientos; y que el apetito igualmente está siempre en movimiento, se dilata y se divide en tantos ramos, y cada uno de estos ramos crece y se afina a proporcion de los conocimientos que se van adquiriendo. Esto es lo que llaman los filósofos *principio de perfectibilidad*, y nosotros diremos que no es otra cosa sino una tendencia à la felicidad, la cual no pudièndose contener *plenamente* sino en lo *infinito*, de aqui nace el que encerrado el espíritu humano en la molesta esfera de la contingencia vaya siempre caminando de lo bueno á lo mejor, y buscando llegar à lo óptimo.

Mas semejante deseo de perfeccionarse buscando siempre nuevas maneras de existir, esto es, nuevas comodidades, nuevos placeres de cualquiera especie, es claro, que no puede desenvolverse en todo estado porque no en todos encuentra las disposiciones favorables para ello: y asi como una planta moviendo y sembrando aqui y alli sus raices, huye de las piedras y evita todas las materias que son ineptas para nutrirla,có à lo menos nocivas á su vegetacion, hasta que encuentra el terreno que le conviene, asi aquel germen de perfectibilidad que hay en el hombre busca el estado que le es mas conveniente: y si las plantas hacen esto en fuerza de un puro *mecanismo*, ¿què diremos del hombre que es un *ser* que conoce, que confronta, y que raciocina y discurre? Estimulado por su interno principio, el debe buscar un estado

consistente y aplicar para ello todos sus esfuerzos, y no pudiendo ocultàrsele que el de pura naturaleza atendidos los obstáculos y los peligros que en él encontraria, le es enteramente contrario para aquel fin con la falta de medios y de auxilos que en èl encuentra naturalmente, es guiado por la inteligencia al *estado social*, en el que todo conspira felizmente al desenvolvimiento de su germen; y asi podemos concluir asentando esta consecuencia: »*Luego el hombre està naturalmente destinado à la sociedad civil, porque naturalmente está inclinado à perfeccionarse.*»

La naturaleza misma nos da de esto unos indicios tan manifiestos, que prescindiendo de los discursos, la cuestion se puede decidir solo con los *hechos*. *Primer hecho cierto:* el hombre teme à los brutos y para defenderse de ellos procura el unir sus fuerzas, con las fuerzas de otros. *Segundo hecho cierto:* el hombre, teme al hombre, y quiere tener amistad con algunos à fin de tener en sujecion à aquellos que le muestran enemistad. *Tercer hecho cierto:* el hombre tiene necesidad del hombre y por esto quiere su compañia. *Cuarto hecho cierto:* el amor del sexo y de la prole, son dos vínculos naturales de sociedad.

Sobre todos estos indicios se agrega el uso del *habla*, que nos da una grande superioridad sobre los brutos, y que liga un comercio por todos lados muy interesante con nuestros semejantes, de suerte que no nos permite dudar que nuestro propio y verdadero destino no sea otro sino el de vivir en sociedad civil. Es a *habla*, que manifiesta con precision y con fuerza nuestros pensamientos y nuestras necesidades, seria inùtil al solitario, y de poco ó ningun alivio en un estado de sociedad accidental, libre de toda convencion positiva: á mas de que, el lenguage tampoco podria perfeccionarse, y acaso ni aun formarse ni entenderse en una sociedad que no tuviese consistencia.

Concluyamos, pues, con que el estado que nos es conveniente y para el que estamos destinados por la misma naturaleza, es el de la sociedad civil, y admiremos la maternal solicitud de esta naruraleza, la cual nos manifiesta nuestra *vocacion* à la *vida social* con